LA FE ESTA EN LA TIERRA



JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN

LA FE ESTA EN LA TIERRA

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN

El Alma

—¿Sabes, tú, oh ángel, si es alabar a Dios, alabar la esplendidez de su obra, y si es amarlo, amar lo que estoy amando?. . .

¿Si es amarlo, amar lo que nos maravilla y encanta, lo que nos embelesa y alegra, y amar la gracia joven y la canción del viento sobre los mares blancos, y la vieja sabiduría, y amar a sus criaturas, y aún amar todas estas cosas que siempre se nos están yendo de las manos?

El Angel

—Ama todo lo que amas porque así amas a Dios. Y ámalo haciendo de tu vida una oración.

Amalo en lo que te rodea y en lo que tienes, antes que el sueño de la tierra te cubra.

Amalo porque tu vida es suya, y porque Dios es amor, según San Juan, y ha hecho que la vida sea amor.

Amalo hasta en el aire que respiras, en lo que quieres, en lo que esperas, en el sol que juega entre las ramas, en lo que vive, en lo que nace, en lo que muere, ámalo en las albas, y, en esta fe que está en la tierra; y ámalo amando hasta a quienes no te aman.

El Alma

—Pero solamente Dios puede hacer que ame como El quiere que ame, porque yo no puedo querer sino como El quiere que quiera. Y he de creer como El quiere que crea.

El Angel

—El te ha dado ya esa gracia y ese amor que no es tributo que vas a ofrecerle, sino merced que has recibido.

El Alma

—Y será puro y total este amor obediente, que como el incienso, perfuma mi alma y va hacia El perdiéndose en el amor de todos.

El Angel

Amalo así, peregrina de la tierra y que tu voluntad ya no sea sino su voluntad, como tu amor es su amor.

El Alma

—Pero no ves que mi voluntad no es ya sino una voluntad encandilada?. . .

El Angel

—¡Arrodíllate entonces ahora que El te ha dado esta prueba de su misericordia y de su poder!

El Alma

—Ciertamente El ha puesto en mí como una suma de gracias...

El Angel

—Has recibido la bendición de la fe, simple y buena, insondable y secreta. . .

El Alma

—Y yo, oh mi ángel custodio, insistía para que mi pensamiento no se detuviera en lo visible, para que traspasara los horizontes naturales, pero El se apiadó de mí con su piedad infinta, cuando yo buscaba que esa fe tocara la luz.

El Angel

—Aparta de ti para siempre ese orgullo. Y que tu convicción no sacie su sed sino en el testimonio divino.

El Alma

—Es que yo buscaba cándidamente la excelsa plenitud de la fe, como si mi espíritu, a manera de espejo, pudiera recibirla... Y ahora tiemblo por haberla buscado...

Quería dar a mi fe una luz firme y palpitante, que ardiera como el fuego sin apagarse nunca.

Porque temía que mi fe, mi dulce fe, pudiera no ser fe, según la justicia de Dios.

Temía que ella no fuera la fe que debemos a la Ascensión...

Y temía no poder llevar al tremendo después, sino una pobre fe dulce, pero sin acentos, como el resplandor dulce y sin acentos de la luna en los prados...

El Angel

—Juzgabas la fe con la posición mental de la tierra, sin comprender que la fe es de esencia divina y que está llena de cielo...

El Alma

—Tus palabras son un regalo de paz, sagrado intermediario que comunica el mundo de las cosas breves con la infinitud.

El Angel

—No yo, sino El, te ha dado esa paz... Y tú temblabas... El te ha dado esa fe, y tú dudabas...

Y temblar es ofender a Dios, porque temblar es dudar... Pero Dios es clemente.

El Alma

—Señor, escapa a mi percepción la grandeza de tu misericordia, como escapa a mi fe la visión de lo infinto.

Nardo encendido era mi esperanza. Y no sabía de mi limitación.

Pero ahora mi torpe pensamiento me quema como un pecado.

El Angel

—Has dicho bien, has pecado.

El Alma

—Que mi memoria vista ahora el luto del arrepentimiento.

Pero ni ese bien merezco. Porque sé que estoy más abajo que los que están abajo.

El Angel

—Nada mereces. Pero ninguno merece nada.

Los que creen que están arriba, también están abajo, y no merecen nada tampoco.

Pero asimismo Dios pone amor en el corazón de los hombres para que sean dignos del cielo. El traza los caminos que se han de seguir. Y, Señor Todopoderoso, ha de despertar, para su gloria, aún a los que duermen el sueño de las piedras.

El Alma

—Y yo estaba triste porque no sabía si mi devoción, mi amor, mi emoción, arrancaban del viento de la tierra, como una inspiración sublime, pero mía, o arrancaban de una chispa divina... Creía que podía querer saber...

El Angel

—Rero no importaba que nada supieras; ni que nada sepas. Y peor aún, esa ansiedad interrogadora disminuye el amor, y tu amor. Hay que amar a Dios, como el ruiseñor ciego que canta al sol que está en su corazón.

El Alma

—¿He de amar entonces sin saber siquiera si es amor este amor?. . .

El Angel

—Como el Hacedor ha creado los mundos que adornan la noche, ha creado tu alma para una invisible constelación, que amarás hundida en las raíces de la tierra, ignorante y simple.

El Alma

—Vas dando, oh ángel, el raso de las flores, al camino que sigue mi espíritu con la visión de esa fe que toca ya a la gracia.

El Angel

—Te doy el camino de las tinieblas, que es el camino de la fe.

El Alma

—Pero pienso en tinieblas de luz.

Porque en verdad, Dios mío, si mis ojos no te ven, tampoco contemplan de noche los azahares del jardín, cuyo aroma me dice que existen.

El Angel

—Es que la promesa eterna está en la íntima verdad de cada ser.

El Alma

—Y yo que llegué sin méritos al templo, pensaba en una fe resplandeciente...

El Angel

—Creer es haber recibido el don de no tener que comprender para saber.

Acuérdate de Santa Teresa, que decía: cuanto menos comprendo más creo...

El Alma

—Pero yo estaba desconcertada con la imprecisión de mi pensamiento. No comprendía que la fe pudiera ser oscura... Me empeñaba en desmenuzar el concepto para extraer su esencia. Y me preguntaba ansiosamente: ¿la fe puede ser el misterio que no habíamos presentido, y que sin embargo llega a dominarnos con avasalladora intensidad?... Me preguntaba: ¿és el anhelo que va horadando nuestro corazón sediendo de confianza?... Pensaba: ¿surge de la hipótesis que nos planteamos, tal vez, para rechazarla?...

¿Es acaso la necesidad psíquica que eleva el alma con influjo divino?. . . ¿Podría no ser sino el consuelo que damos a nuestras inquietudes, el bálsamo que buscan nuestras angustias?. . .

Hasta pensaba si podría ser una idea de belleza que nos emocionara, o una armonía para nosotros irrealizable y perfecta. . . O una vocación de altura, como una vocación angélica, si pudiera pensarse, que podía ser una íntima vocación de esperanza. . .

El Angel

—¿Y no pensabas, alma perdida, que la fe es la respuesta del alma a Dios?. . .

El Alma

—Yo no esperaba, Señor, que Tú me hablaras. . .

El Angel

Él nos habla siempre, con su voz perenne, con su voz que está en todas las cosas.

Pero nosotros nos encerramos en lo inmediato, y no lo oímos. Nos hemos hecho avaros de las cosas áridas, de las cosas duras.

Y olvidamos que Dios está junto a nosotros, con su misericordia, con su amor.

El Alma

—Perdónanos Señor. . .

El Angel

—Dios perdona aunque no pidamos perdón, aunque no merezcamos su perdón. Él sabe que lo olvidamos siempre, y no nos olvida.

El Alma

—Tu voz hace dulce mi hora.

El Angel

—Tu hora es dulce porque ya sabes que Dios se da a nosotros. Y que en Él converge todo.

El Alma

—¿Vamos todos a El?

El Angel

—O estamos en Él, que se da a nosotros al producirse nuestro encuentro con el Espíritu Santo, en ese extraordinario instante de la trascendente revelación, que, como si adelantáramos tiempos, nos hace tocar el sueño de la eternidad.

El Alma

—¿Quieres decir que llegamos a lo ilimitado sin que podamos precisar qué es lo ilimitado?. . .

El Angel

—Pero hemos de ir de elevación en elevación, de entrega en entrega, puros como niños, transparente el espíritu, llena de luz el alma, con el pensamiento fresco como el agua, sin orgullos, sin maldades, sin rebeldías, poseedores entonces del milagro de la fe, de esa fe tan difícil de definir y tan fácil de sentir.

El Alma

—¿La fe es acaso entonces un premio, equivale a un pasaporte?. . .

El Angel

—La fe es un efecto de la confianza en Dios, que abre el cielo a los hombres.

El Alma

—¿Esta distancia hermética será para todos un día disipada?. . . ¿Crees que yo también podré llamar a la puerta del Señor, quedamente, como llama el polvo?. . .

El Angel

—Ya ha sido dicha la promesa evangélica, pero ella ha de cumplirse después de la honda noche.

El Alma

—¿Hablas de la muerte? . . . Me pierdo en tu idea . . .

El Angel

—Te pierdes porque las tinieblas corresponden al mundo.

El Alma

—¿No son ellas las que van a llevarnos precisamente a la honda noche del silencio, a la noche llena de soledad? . . .

El Angel

—Van a llevarnos a Dios.
Pero ya no buscándolo en nuestros horizontes, sino en los otros.

El Alma

—Es que en nuestros horizontes de fe también buscamos a Dios a tientas.

El Angel

—Pero no importa que vayamos a tientas porque Dios nos imanta.

El Alma

—Ya sé que nos atrae, que nos deslumbra. Y que lo infinito es Dios. . . Y que buscamos nuestra eternidad en su amor. . .

El Angel

—Por eso Él ha puesto en el corazón de los hombres ansias de continuidad. Y hasta los que miran indiferentes su alto poder, su alta fuerza, quieren perdurar. Y los que no lo encuentran porque no creen en su presencia, también lo van invocando. . .

El Alma

—¿Irán también a Él los que se han cargado de culpas?

El Angel

—Irán sollozando, porque sollozarán como si estuvieran junto a sus tumbas, sin saberlo.

El Alma

—Y ¿para siempre será ya la hora viva?

El Angel

—Creo que hemos llegado a la verdad de las verdades, ya que todas las mentes descubren alguna vez la fe. Es cierto que muchos permanecen años y años ajenos, como si no tocara a su espíritu la gracia reveladora, o vacilan y piden pruebas, pero también en alguna circunstancia tendrán necesidad de fe, o deseo de fe, y llegará a ellos con el sentido misterioso y profundo de las cosas divinas.

Ellos poseerán acaso una fe sin actitud de fe, sin gestos ni palabras de fe, tal vez, distinta así a la que se encasilla en el vocablo, y que nunca va a ser recibida por los oídos, ni vista por los ojos, pero que puede tener la sinceridad de la que lleva a la devoción.

Y como a aquélla, a ésta también, la desharía el sol si la iluminara, o tu mano si intentara oprimirla, para darle tu propia dirección.

El Alma

—¿Debemos pensar en un sentimiento, en una adhesión íntima, profunda, y para los demás indescifrable?. . .

Porque si la fe fuera un pensamiento concienzudo, metálico, la fe respondería a estudios serios, y no se obtiene con argumentos ni razones. No se alcanza con las maneras aritméticas de aquí abajo, ni al querer hacer de la noche día, porque ante la convicción religiosa, la inteligencia fracasa, ya que la inteligencia más poderosa no está capacitada para investigar lo ininvestigable. Por eso creer no es comprender, sino saber que no se comprende porque Dios no se explica a los hombres.

El Angel

—Has dicho bien, por eso Él no nos pide sabiduría, sino amor.

El Alma

—Solamente que nosotros se la ofrecemos vacilando, dudando. . .

El Angel

—Con la cara en el suelo oremos entonces por nosotros, y por los que no rezan, y que precisan también su perdón.

El Alma

—Me siento abrumada.

Yo no merezco perdón.

Ninguno merece ser perdonado.

¿Acaso no estamos glorificando a Dios, a un tiempo que le pedimos su amparo, su misericordia, su amor?... ¿No rezamos como si nuestra plegaria fuera a convertirse en monedas de santidad?...

El Angel

—Es así, porque comprendemos que su grandeza, su omnipotencia es nuestro refugio.

Y que Él es magnánimo. Que lo es hasta con los ingratos, hasta con los blasfemadores, a quienes como a nosotros, e igual que hasta con los más puros, con los más santos, da el renovado regalo de sus suaves primaveras; que Él es magnánimo cuando ofrece la maravillosa eternidad de las estrellas, aún a los indiferentes y a los altivos, a los jactanciosos, a los desafiantes, a los que reducen a cálculos la gracia de esa luz, que brilla también para los ojos que la niegan...

El Alma

—Y sin embargo, seguimos pensando como pensaría el lodo

si pensase. . . Lo comprendemos y asimismo queremos que Dios nos oiga y que su voluntad sea nuestra voluntad. . . ¿Es que nos damos cuenta que aún rogando estamos procediendo como si Dios no existiera?. . .

¿Como si nosotros dispusiéramos de todo?. . .

Pero cuando alguna vez lo comprendemos, entonces tratamos de acumular olvidos y de dar un soplo de muerte a nuestro corazón pecador, a nuestra mente pecadora.

El Angel

—Diría que hablas ahora como los desesperados. Y tú ibas entrando ya en una fe que parecía un aleluya. . .

El Alma

—Es que pienso en esa inmovilidad en la que quién sabe si los arrepentimientos se callan. . .

El Angel

—¿Hablas de la muerte? ¿Llamas a la muerte, inmovilidad? ¿Piensas que es terminación, no comienzo?. . .

Sin embargo la muerte es la pira purificadora.

Llamamos muerte a lo que será reconstrucción total de lo que estamos viviendo.

Porque la muerte es la que nos dará la liberación, si sabemos ganarla con un corazón angélico. Puesto que en la vida vamos construyendo lo que ha de permanecer.

¿Acaso Jesús no está viviendo siempre la hora de su cruz?. . . ¿Y no está resucitando siempre a los ojos que se abren?. . .

Así, si ruegas, tu ruego seguirá diciéndose después, aunque tus labios no se muevan y sin que tenga que latir tu corazón. Pero no dejes que en tu espíritu, en tu alma, siga perennemente lo inútil, ni que las horas lánguidas o torpes, se conviertan en tu sombra. Has que tu pensamiento viva en Dios.

El Alma

—Siento que hablas como si me abrieras una ventana al reino celeste.

¿Debo creer que la fe abre esa ventana?

El Angel

La fe abre esa ventana porque prepara al deslumbramiento que da la idea de Dios. Entonces vemos sin precisar ver y sabemos sin claves precisas. Y ese deleite es el que obtienen los que no desfallecen en el camino y los que con la esperanza intacta entran en las vísperas. Sabia es así la esperanza que da la sublime realidad y la vida profunda e inmaterializada. Sabio es el sueño de aquel que puede volar como el pájaro en el espejo del aire, más allá de la tierra, más allá de las nubes.

Prepárate tú también, para la ascensión de la fe. Pero no busques ciencia en la fe, ni realidades palpables. Porque ni siquiera la luz infusa da la visión directa, según la afirmación de San Juan de la Cruz.

El Alma

—Obedecía ya a tu voz, ángel divino, antes de que hablaras. Obedecía porque aunque vacilara, aunque ignorara había comprendido que no importaba que no comprendiera. Y te escuchaba como escucha el corazón las palabras del silencio.

El Angel

—Pienso que la fe te ha enseñado todo lo que puede saberse en la cárcel del tiempo.

El Alma

—Es así. Porque ahora sé que la inteligencia, de la que nos ennorgullecemos, no puede asomarse más allá del límite de lo que nos maravilla y asusta, y que después se pierde en su propio pensamiento. Y que para la suprema ascensión, no contamos con esos apoyos humanos, que son la experiencia y el conocimiento que da la materialización de la idea.

El Angel

—Ciertamente la fe nos da el camino sin pasos, de las largas, inacabables venturas, de los dulces júbilos, con silencios de terciopelo.

El Alma

—Esa es la fe que nos ha llevado a la indescifrable dádiva de la hostia. . . Y que nos hace amar lo que se ama cuando el espíritu dócil empieza a morirse como las flores, prendido a la tierra, pero aspirando el cielo.

El Angel

—Y sabías que aspirar al cielo es ya la plenitud, el arrobamiento que da el sueño místico. Que es llegar a la verdad, guiado el espíritu por los signos divinos. Que es sentir con su profundo misterio el magnetismo luminoso que envuelve al universo. Que es recibir el don supremo de la infinitud abrazado de un perfume de gracia. Y que es vivir el milagro de abismarse en el seno de Dios.

OBRAS DE LA AUTORA

1931.— "Mis cuartos de la hora"
1934.— "A media voz"
1938.— "Entre líneas"
1940.— "Cristalizaciones"
1943.— "Reyes"
1944.— "Antología de Poetas Armenios"
1948.— "Varela. El Reformador"
1948.— "Contraluz"
1955.— "Alto camino"
1960.— "Del espíritu de paz"
1963.— "La fe está en la tierra"

Para publicar:

- "El libro de las virtudes"
- "Novecientos"
- "Meditaciones"
- "Melancólicamente"
- "Encuentros"